

## ¿NO TENEMOS TODOS UN SOLO PADRE?

¿No tenemos todos un solo Padre? Esa es la convicción primordial del “homo religiosus”. Del hombre religioso de verdad. Quizá no de los que ejercen o ejercemos como personas religiosas.

Quien sabe, está convencido y profesa que Dios es Padre de todos no hace distinción de personas. Todos, cualquiera que sea su sexo, su raza, su condición económica, su religión... tienen los mismos derechos y han de ser tratados como hijos y, por tanto, como hermanos. Otra cosa son las diferencias personales procedentes de la inteligencia, la simpatía, las cualidades, las oportunidades que la vida depara a unos y otros.

Ahora bien, todas esas diferencias, que contribuyen a la variedad, al gusto y al disfrute de la vida no justifican en absoluto el encumbramiento de unos y el sometimiento de otros. La distribución de las tareas estará en función de las cualidades personales y las necesidades sociales, pero nunca en función de privilegios.

No se entiende así, por desgracia, ni en la política, ni en los negocios ni en las iglesias. Cuando falta el padre, surgen los jefes. Y con ellos, los señoríos humanos, los títulos, los privilegios, las castas...

Lo peor de todo es que esto se convierte en sistema y los sistemas suelen ser intocables. Se reproducen a sí mismos. En Occidente, la Revolución Francesa pretendió acabar con la sociedad estamental –es decir, constituida sobre la base de “pisos” o privilegios-. Los reyes, los nobles, el clero con sus privilegios y el pueblo llano. ¿Qué falló? Muy sencillo: que en su misma entraña, dicha revolución estaba infectada del virus de la i-religión. No había Dios Padre. Se quiso establecer a la Razón como único Dios.

Pero sin Padre no hay fraternidad posible. Por eso, el lema “libertad, igualdad, fraternidad” quedó herido en sus mismos cimientos. Se introdujo una cierta libertad en Europa. Pero libertad para los dirigentes, para los poderosos, para los ricos –por cierto, los de siempre más la burguesía emergente- y con el mismo o mayor sometimiento para los de abajo, el pueblo llano sin recursos. Ciertamente es que se consiguió una mayor movilidad social y una cierta permeabilidad en las capas y los estamentos.

Pero como eso del poder, del dinero y de los privilegios tiene su encanto, cuando un campesino o un obrero llegan a adquirirlos, se olvidan –salvo raras excepciones- de dónde vienen y de aquellos a los que tendrían que servir. Y así vemos a nuestros dirigentes políticos, eclesiásticos, sindicales... montados en sus tronos y reproduciendo un sistema radicalmente injusto. No les falta razón a los indignados.

Por cierto, para indignado Jesucristo Nuestro Señor. Si no van a la misa, no dejen de buscar y leer el capítulo 23 de San Mateo: ***“Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no mueven un dedo para empujar... Todo lo que hacen es para que los vea la gente...”***

JOSÉ MARÍA YAGÜE CUADRADO